

fragor en la tarde

latido fugaz

el corazón del reloj está latiendo en otra dimensión
me va arrastrando de las pestañas
y aún
 no
 he podido
 aprender
 mi propio nombre

los piojos muertos yacen insepultos
mis hambres y tus hambres te llaman
y el grito ensordecido
 de tus silencios
y los ojos lánguidos
 de tus pupilas
y la sed insaciable
 de tus labios
me buscan

y es una pena que inunda los cementerios del mundo
el descaminar por los misterios del enigma
el no poner el pie derecho
o el izquierdo
en la tierra
en el pecho
en el centro medular de los sueños
o al menos
torear
 sonreír
 birlar
 a las ruedas indolentes del tiempo
que arrastran
y nos arrastran
entre gallos alarmas y sirenas de muerte

velocidad azul

1

las pestañas del sol
sonríen una nueva mañana

una botella
un viejo yunque
unas manos delicadas
un tintero sangrante

una vela negra que se diluye
y se diluyen
conforme soplan los días
 al sur
a una velocidad azul
 etérea
en un segundo de gracia
en cada cubo de sorpresas
en cada sendero de infinitas arterias

2

quisiera recoger mi pañuelo
saludar a mi madre
oír los vagidos de mi nacimiento

quisiera carajear penas y sollozos
saborear las delicias de la soledad
degustar el sabor amargo de las lágrimas
escuchar la elocuencia de las bocas cerradas

quisiera celebrar
 la alegría de las rabias
 el color de las tristezas
 el sudor de los cuerpos en celo

quisiera descifrar el eco de mis sueños
copular con miserias y cleopatras
o contener el salivar de unas ganas oceánicas
y despertarme
 con el llanto de los huesos

pero
la muerte del sol
sigue bordando
matemáticamente
su propio tejido

vino añejo

vino añejo
macerado durante siglos de agonía
el dolor
el mismo catre
con púas
con ojos como desiertos de otoño
con penas como océanos de arena

papel ceniza
en las alas del sueño
en las plumas del viento
el tiritar del hambre
el bostezo del frío

sandalias curtidas
las de incontables batallas
suspiros hondos del silencio
sed reseca de polvorosas acequias
ya no más vahos de hielo
ya no más rayos desnudos

¡ya no más!
los azotes de invierno
los pañuelos y calcetines
ajenos
los tragos rojos
turbios
amargos
vino añejo

los ojos ausentes

la neblina me abraza
como tus caricias de nieve

ojo de mi madre
ojo tuyo
en el cáliz del desayuno

ojos millones
silenciosamente ausentes
los dos ojos
omniscientes
en mi cama de almohadas de hielo

mientras la ciudad duerme
la sed sigue tostando las salivas
el hedor de los antros
brinca como plagas
y el juego macabro de colillas
sigue profanando osamentas de viejos saurios

entonces
en el ocaso de la tregua
mis huesos se sacuden de los polvos
se limpian los ojos
y fuman sus narices
en la paz de los sueños

cuando se desnuda la verdad

*el tiempo nada cura,
pues ya no está el paciente aquí.*
Thomas Stearns Eliot

al menos una vez cada segundo
es preferible la ceguera nocturna
antes que la diurna oscuridad
los manjares y delicias que fascinan los ojos
antes que la historia higiénica de las manos
las mismas que previamente
ante el hambre del reloj y la sentencia del miedo
rascaron el sexo y limpiaron el ano y la nariz

la luz de los ojos
es más fuego que el fuego
más trueno callado que el silencio ruidoso
es también
más pan que el diamante
más beso que una bala
todo y nada
finalmente
es más simple que el cosmos
pero más compleja que un granito de arena en la mano

hay un hilo de luz en la memoria
me parte la cabeza con la potencia de un rayo
por eso
quisiera el silencio de las piedras
la ceguera de los muertos

la luz invisible del túnel me hace más volcán que nunca
como la rabia y el hambre juntas hacen un huracán

(furioso

y arrasan ciudades enteras como terremotos que duran

(semanas

entonces

una vez más

resulta inexorable que reine el silencio de las piedras

y ronde la ceguera de las muertes naturales

bailando

la danza macabra

de la verdad desnuda

el respiro se asfixia en lo más profundo del golpe
y alguna voz generosa tarda una eternidad
entonces el pensamiento teje con hilos de arena
alas de viento
ojos de luz
sueños de humo

los ayes sordos
se despiertan
len
 ta
 men
 te
segundo a segundo
dolor
 en
 dolor
como se demoran los fetos
 hasta caer en la cárcel pedregosa
la implacable realidad
len-ta-men-te

todas las noches
el sueño eterno ronda las camas
el chirrido metálico de las máquinas
zumba muy cerca y tan lejos
 como carruajes de muerte
los ojos se agrietan
la cabeza estalla en mil pedazos
y los ayes agónicos
 corean el canto quejumbroso de siempre
los días se oscurecen
las noches se eternizan

en una pizca de cera
una hebra de vida
una lumbre pálida

y siempre tú
en el parque de antaño
besas sedienta
las flores que brotan de nuestros labios
abrazas aún fuerte el primer rubor nuestro
y todavía yo
en el catre de metro cuadrado
huelo a la distancia
tus pechos cálidos canela
y extendo
incansable
tus labios de vino tinto
en nuestra última sonrisa

en el lejano rastro escarbado
ojos
nariz
boca
brazos
pies
o lo que pudieron ser
eso es lo que me queda ahora
una nebulosa imagen de alguien como ella
sólo eso
atado a mi recuerdo difuso
como la sombra que aún me acompaña

las horas alzan vuelo en las garras de un ave invisible
inalcanzables

mi aliento húmedo y penoso vuela por el aire liviano
vuela como si fuese mi último aliento
arisco e indiferente
más ajeno que nunca
mientras tanto
en compañía del frío
gélido
 solitario
 metálico
 silencioso
y pétreo
me
 van
 ahorcando
mis últimas deudas pulmonares
en la inmensa puerta
 de la oscura eternidad